

antes ahora soy quien
mas ha deseado hallaros,
como es justo, para daros
del ducado el parabien.

Marisc. Su Magestad conoció
la queja, que de él tenia,
porque no satisfacía
lo que á deberme llegó;
y aun así no estoy pagado,
que si yo le aseguré
un reino entero, no fue
bastante paga un ducado.

Luego aunque Duque le haga
al Mariscal de Virón,
confiesa la obligacion
el Rey, pero no la paga.

Duque. Eso sí, Duque, eso sí.
débase todo al valor.

Marisc. Nada tengo yo, señor,
que no me lo deba á mí.

Duque. Qué ardimiento! vive Dios,

Duque, que si me acompaña
vuestro valor, no hay hazaña
que no emprendamos los dos.

Mientras le voy empeñando,
me declaro, y le provoco.

ap.

Marisc. Ya conmigo poco á poco
se va el Duque declarando.

ap.

Duque. Mil cosas de vos oí,
y aunque algunas las dudé,
luego que os ví y os hablé,
cuanto dudaba creí.

Marisc. Yo no me espanto, señor,
que quien mi valor oyera,
dudara hasta que le viera,
porque ha de verse el valor;
y como son mis despojos
tan grandes para creidos,
no caben por los oídos,
y así han menester los ojos.

Duque. Muy bien decís; como vos
todos los hombres quisiera:
oh si mi intento entendiera!

ap.

Marisc. Bien lo pudiera hacer Dios,
pero no lo querrá hacer;
porque á ser todos así,
como yo no quepo en mí,
no cupieran en su ser,
y soberbios y ambiciosos
de ocupar mayor lugar,
se vinieran á matar
por quedar mas anchurosos.

Duque. En tu valor invencible,
no un ducado, una corona
merece vuestra persona.

Marisc. Todo viviente es posible.

Duque. Si á mi hermana he de casar,
por su esposo he de elegir
quien sepa un reino adquirir,
no quien le sepa heredar;
y haciendo del premio alarde,
le daré mas facilmente
á un caballero valiente,
que á un potentado cobarde.

Marisc. Esto es prometerme aquí, *ap.*

que á su hermana me darás
perdone Blanca, si ya
á otros ojos me rendí:
que no será nuevo error,
aunque es nuevo en quien bien ama,
que quiebre la fe á su dama
quien es á su Rey traidor.

Duque. Parece que le ha pesado *ap.*
á Carlos de lo que ha oído.

Marisc. Si pecaba de ofendido, *ap.*
ya poco de aconsejado.

Duque. Qué mal hice en descubrirme!
mas yo lo enmendaré presto. *ap.*
Mesurado os habeis puesto.

Marisc. Yo, señor, de qué?

Duque. De oirme:

y yerran vuestros intentos,
si piensan que en mis acciones
hay segundas intenciones,
ni afectados fundamentos.

Marisc. Hablad claro: vive Dios,
que os entiendo, y me ha pesado
de no haberme declarado,
Duque, primero que vos.
Yo estoy quejoso del Rey;
llevo mal la Magestad,
que no hay ley en la lealtad,
si el valor no guarda ley.

Las guerras de estos países
andan mas vivas ahora,
el Rey sale al campo, y llora
el alba sobre sus lises.

Los sucesos ya conmigo
del todo se han declarado,
y en el campo no hay soldado
que no me llame su amigo.
Hasta el Rey me teme en Francia,
y mirando mi denuedo,
si algo me ha dado, es de miedo,
porque teme mi arrogancia.

Esto es, decir, que si quiero
el marquesado os daré
de Salucio, y aun pondré
á esos pies el mundo entero.
Animo, Duque famoso,



que si como aqui mostrais,
á vuestra hermana me dais,
y yo llego á ser su esposo,
esta valerosa diestra
os dará sin repugnancia:—

Duque. Qué?

Marisc. Cuanto quisieréis de Francia.

Duque. Carlos, ya mi hermana es vuestra.

Marisc. Vencí con grandes extremos, *ap.*
mi fortuna se mejora.

Duque. Haga mi negocio ahora, *ap.*
que despues nos avendremos.

Marisc. Cáseme con ella yo, *ap.*
que á lo demas yo me obligo.

Duque. Bueno es Carlos para amigo,
mas para cuñado no: *ap.*

que quien de esta suerte yerra
contra un Rey, que el ser le ha dado,

qué hiciera con un cuñado,
y mas estando en la guerra?

Marisc. Perdone el Rey, que me llame
mi brio á mayor poder:

Cesar, ó nada he de ser,
breve vida, ó grande fama.

que volviere á la batalla.

Señores, todo mortal

lo que sabe ha de emprender,

que lo que no sabe hacer,

claro está que lo ha de errar;

y así yo, como sé huir,

siempre que huyo lo acierto,

mas como jamas he muerto,

no sé si sabré morir.

Ya se aferran, ya se cascan,

ya se turban, ya se ofuscan,

ya se embisten, ya se buscan,

ya se zurran, ya se enfrascan,

y yo ceñida la espada,

sin hacer nada en su abono,

como Neron me ennerono,

y no me duelo de nada.

Aunque si el ser muy valiente,

y mas con quien se resiste,

en matar muchos consiste,

ninguno mas justamente

que yo, valiente ha de ser,

sin reñir ni pelear,

porque me voy á espulgar

detras de aquel alcacer.

Vase.

Sale el Mariscal.

Marisc. Como lo fui disponiendo

se va todo ejecutando,

la guerra se va trabando,

y el sol ya se va poniendo.

El Duque me ha prometido,

si aquesta plaza le entrego,

tratar de mis bodas luego,

y esto ya está conseguido;

porque en vez de pelear,

como yo suelo gallardo,

me retiro y acobardo,

para que tenga lugar

el Duque de irse acercando

al castillo con su gente;

que aunque no es accion prudente,

quando el Rey me está obligando,

no es mucho, si conseguí

mi intento con esta traza,

que yo le quite una plaza

de tantas como le di.

Sale el Conde de Fuentes.

Conde. Por todo el campo frances

busco al Duque de Virón,

para ver si en la ocasion

tan determinado es,

como en la Corte de Francia;

aquel es, no hay que dudar:

Duque, yo vengo á probar

si es valor ó es arrogancia

JORNADA SEGUNDA.

*Tocan cajas y clarines, y dase dentro
batalla con mucho estruendo.*

Dentr. Marisc. Franceses, llore su estrago
Saboya en este país.

Dentr el Rey. Cierra Francia, San Dionís.

Dentro Conde. Viva Saboya y Santiago.

Salen el Mariscal y Jaques.

Marisc. Hoy desde el cerco de Amiens

mi fama á vivir empieza.

Jaques. Hoy me quiebran la cabeza,
si no me valen los pies.

Marisc. Jaques.

Jaques. Señor.

Marisc. Dónde vas?

Jaques. Dieron muchos en huir,
y véngolos á decir,

que no vuelvan paso atras.

Marisc. Ah buen Jaques! eso sí,
muestra que eres mi criado.

Jaques. Harto poco lo ha mostrado.

Marisc. Cierra Francia: ven tras mí.

*Vanse, y suena siempre ruido de ba-
talla.*

Jaques. Ya te sigo, embiste y calla,

que contigo va un leon:

Heve el diablo el corazon,

la valentía en los dos;
y pues sabéis pelear,
hoy nos hemos de matar
cuerpo á cuerpo, vive Dios.

Marisc. Escuchad, Conde de Fuentes.

Por no haberse convenido
Francia y Saboya, han venido
á las armas: accidentes
son de la guerra y la paz.
Por Saboya España viene,
y en vos la defensa tiene
el Duque mas eficaz.

Si á ganar vais la batalla
por el Duque, yo tambien
que soy su amigo, y á quien
le importa mas el ganalla
por mil razones de estado,
que mas despacio sobreis
del Duque, á quien socorreis;
y asi, pues que ya ha empezado
la ventaja á ser notoria,
y yo no he de embarazalla,
proseguid vos la batalla,
que yo os daré la victoria.

Conde. Ya yo entiendo la sustancia,

y estoy solo apesarado
de haberos, Duque, llamado
soldado y valiente en Francia;
porque es engaño evidente,
y testimonio en rigor,
que el que es á su Rey traidor,
ni es soldado ni es valiente.

La plaza me quereis dar,
que yo no puedo querer,
porque no quiero deber
lo que yo puedo tomar.

Y es agraviar mi valor,
que llegue á pensar mi gente,
que para ser yo valiente
os he menester traidor.

Yo soy español, que basta
para ejemplo de lealtad;
y los de mi calidad

somos de tan buena casta
en blasfemar los errores
de los traidores que vemos,
que aun la salud no queremos,
si es por mano de traidores.

Y asi, Duque, haced alarde
del valor, para empeñaros
por el Rey, y disculparos
de traidor y de cobarde,
mientras la guerra prosigo,
que mi fama está enseñada
solo á vencer con mi espada,

no con la de mi enemigo. *Vase.*

Marisc. Qué es lo que escuchando estoy?
yo de cobarde culpado?
yo ofendido? yo agraviado
del Conde de Fuentes hoy?

Confuso estoy y perplejo:

palabra al Duque le di
de dar la plaza, y si aqui
me retiro y se la dejo,

podrá el Conde, y con razon,
decir despues en España,
que cobarde en la campaña

halló al Duque de Virón.

Pues no, no ha de ser así,
que en llegándome al valor,
primero ha de ser mi honor,
que otra cosa alguna en mí.

Ea, franceses valientes,
que ya va vuestro caudillo
á defender el castillo
para que el Conde de Fuentes

se desengañe, aunque tarde,
de que mi heroico valor
pudo animarme á traidor,
mas no rendirme á cobarde.

De vencida van los míos,
aunque Enrique los exhorta;
mas si yo quedo, qué importa?

Volved á cobrar los brios,
franceses, pues que venís
á defender vuestra tierra.

Vase.

Dentro. Guerra contra Francia, guerra.

Dent. Marisc. Cierra Francia, San Dionís.

Prosigue el ruido de la batalla con cajas y clarines, y salen con las espadas desnudas el Rey de Francia, el Mariscal y Monsieur de Laffin.

Marisc. Vuestra Alteza se retire,
que yo basto solamente
para toda aquesta gente.

Laffin. Vuexcelencia advierta, y mire:

Rey. Con vos, Duque, nadie ignora,
que cobraré lo perdido. *Vase.*

Marisc. Ya, Laffin, os he entendido;
mas esto me importa ahora. *Vase.*

Laffin. Hay tan grande confusion!

cuando todos los demas

se van retirando atras,

solo el Duque de Virón

los llama, anima y detiene,

y por los contrarios entra

matando á cuantos encuentra;

pues esto cómo conviene

con haber asegurado

al Duque de la victoria?

esta es cautela notoria;
si no es que le haya pesado
de hacer este tiro al Rey,
y pretende arrepentido
volver á ser lo que ha sido,
como vasallo de ley?

Y si arrepentido está,
á los que estamos culpados
(aunque de él aconsejados)
mañana nos culpará.
Mas yo lo remediare
antes que al Rey pueda hablar,
y en este particular
la verdad descubriré.

Yo diré al Rey sus intentos
y traiciones, que son hartas,
hasta enseñarle las cartas
en que de sus pensamientos
me da cuenta y de su amor,
y así dos cosas consigo,
hacerme del Rey amigo,
y vengarme de un traidor.

Vase.
*Vuelven á tocar, y dicen dentro el Rey
de Francia, el Duque de Saboya y
el Conde de Fuentes.*

Conde. La noche se va cerrando,
cubriendo de horror la tierra.

Duque. Déjese por hoy la guerra,
que el día nos va faltando.

Rey. Hoy Siboya su arrogancia
rinde á la Francia su gloria.

Tocan siempre cajas.

Marisc. Por Francia, amigos, victoria;
Francia viva.

Todos. Viva Francia.

*Salen Madama Blanca, Belerma y
músicos.*

Blanca. Proseguid el tono, y dad
á mi pena alguna gloria,
mientras viene con victoria.
Carlos á mi voluntad:
cantad, amigas, cantad,
y templad de mi dolor,
no el valor, sino el temor,
porque llegando á querer,
no hay valor en la muger,
como no tener valor.

Canta Belerma.

Belerm. Ojos, cuyas niñas bellas
esmaltan mil arboles,
muchos sois para ser soles,
pocos para ser estrellas.

Músic. No sois soles, aunque dais
rayos mil de vuestro cielo,
porque el sol alumbra al suelo,

y vosotros le cegais.

Belerm. No estrellas, pues no gozais
agena la candidez,
antes bien mas de una vez
al sol le prestais centellas.

Los dos. Ojos, cuyas niñas bellas
esmaltan mil arboles,
muchos sois para ser soles,
pocos para ser estrellas.

Blanca. Confieso la obligacion,
mas no el gusto, amiga mia;
que ausencia con alegría
implica contradicion.

Belerm. Y tambien tu condicion
implica el ver como estás.

Blanca. Belerma, no puedo mas,
vencida el amor me tiene:
mas, ay cielo! Jaques viene.

Belerm. De él lo que pasa sabrás.

Sale Jaques con una carta.

Jaques. Dame albricias.

Blanca. Yo, de qué?
tarde la nueva has traído:
dirás que el Duque ha vencido,
y eso, Jaques, ya lo sé.

Jaques. Ya lo sabes?

Blanca. Sí.

Jaques. De qué?
si apenas yo lo sabia.

Blanca. De que supe que sabia
á pelear, y bastaba
el saber que peleaba,
para saber que vencía.

Confieso, que el temor mio,
hallándome á mi sin mí,
dudó el suceso, y allí
obraba el amor, no el brio;
mas cobrado el albedrío,
creyó lo que allí dudó,
y si cuando amó temió,
gran diferencia ha de haber
de ser yo como muger,
á ser muger como yo.

Repara en la carta que trae Jaques.

Pero qué es esto?

Jaques. Imagino,
que es un pliego de importancia
para Carlos.

Blanca. Es de Francia?

Jaques. No, que de Saboya vino;
encontróme en el camino
el correo, y me le dió.

Blanca. Cosa, que pensase yo,
que es, Jaques, de alguna dama?

Jaques. Así se engaña quien ama.

Blanca. Dámele, á var.

Jaques. Eso no,
que me estuvo conjurando
el correo una hora entera,
que en mano propia le diera,
diciendo el cómo y el cuándo.

Quitale el pliego Madama Blanca á

Jaques.

Blanca. Necio, no llega rogando
quien puede mandar; y así
no quiero deberte á ti
lo que me puedo deber,
pues lo mismo viene á ser
dársele al Duque, que á mí.

Abre el pliego Madama Blanca.

Pero qué miro! aquí viene
dentro del pliego un retrato:
hermosa muger! ah ingrato!
otra dama el Duque tiene?
Amor, morir me conviene;
honor, de envidia me abrasos;
zelos, demos otro paso;
ojos, á leer empecemos;
no diga bien, agotemos
toda la ponzoña al vaso.

Lee Blanca. Duque mi señor, su Alteza
está tan alborozado con la plaza
prometida, que en prendas de satis-
facerta, me ha dado ese retrato de
su hermana y mi señora Doña Mar-
garita: joya es que merece cual-
quiera resolución, y mas con pro-
mesa de quinientos mil ducados, y
la superioridad de Borgoña. A Vuce-
lencia guarde Dios mil años, para
que goce de todo.

Su menor criado.

Aquí importa mi valor. *ap.*

Belerm. Del Duque estoy admirada.

Blanca. Yo no me admiro de nada,
antes lo temí peor.

porque es hombre, y el mejor
siempre así nos ha pagado,
tanto, que fuera acertado,
en pagando su afición,
llevar de una sinrazon
el dolor adelantado.

Jaques. En grande peligro estoy. *ap.*

Belerm. Por qué el secreto digiste,
y á tu amo descubriste?

Jaques. Porque su criado soy.

Belerm. El Duque.

Jaques. Pues yo me voy
escurriendo, si pudiere.

Sale el Mariscal.

Marisc. Jaques? *Jaques.* Señor.

Marisc. Si viere

Lafin, bien puedes dejarle
entrar, que tengo que hablarle.

Jaques. Si ella habla, Jaques muere. *ap.*

Blanca. Vete, Jaques.

Jaques. Ya me voy,

y por servirte de veras,
me iré de cien mil maneras.

Blanca. Y tú tambien: loca estoy! *ap.*

Jaques. Ven, Belerma.

Belerm. Tras ti voy.

Vanse Jaques y Belerma.

Marisc. Si os tuvo triste mi ausencia,
ya vuelvo á vuestra presencia.

Blanca. Causa hay mayor: ay de mí! *ap.*

Marisc. Mayor que mi ausencia?

Blanca. Sí,

escúcheme Vucelelencia.
Señor Duque de Virón,
porque toda Francia sabe
la antigüedad de mi casa,
y el honor de mi linage,
no acordaré á Vucelelencia
los blasones inmórtales,

que á pesar del tiempo duran
en mi nobleza y mi sangre;
desde mí he de comenzar,
que no quiero que me amparen
aquellas primeras dichas.
en que ya no tuve parte.

Al paño el Rey, el Conde de Suison,

Monseieur de Lafin y Monteni.

Lafin. Esta licencia traemos
los que tenemos las llaves
de los secretos del Duque;
y pues á desengañarse
viene vuestra Magestad,
aquí encubierto se aguarde,
y de su boca podrá
hacer el último examen.

Rey. Ah traidor! ah falso amigo!
qué injustamente agraviaste
la Magestad mas piadosa,
y la voluntad mas grande!

Lafin. Hablando está con Madama.

Rey. Pues retiraos á esta parte,
y esperemos qué se vaya,
para que á solas os hable.

Blanca. Cuando era Carlos Virón
no mas, trenolando al aire
las cinco francesas Lises
contra las flamencas Haces,
le quise bien, porque el brio,

la fama, el valor y el arte,
 sino del todo rendirme
 pudieron algo inclinarme;
 y no fue tanta fineza
 el llegar á enamorar me
 como el llegar á decirlo:
 que una muger de mis partes
 puede amar como muger,
 mas no confesarlo á nadie.
 Crecieron con las hazañas
 las honras, y en un instante,
 deste Mariscal á Duque
 le subió el Rey, Dios le guarde,
 para premio de valientes
 y castigo de cobardes.
 A este tiempo, Señor Duque,
 dió el Rey en galantearme,
 y yo en no admitir su amor:
 si esta obligacion es grande,
 el que fuere agradecido,
 la pondere y la repare;
 porque ver una muger
 á un Rey, que de amores arde,
 padece, suspira y ruega,
 y tras esto despreciarle,
 aunque á muchas fue posible,
 no ha sido á todas muy facil;
 mas yo que mi honor miraba,
 y queria en otra parte,
 hice por mí esta fineza,
 no quiero que me la pague.
 No siento que Vucelelencia
 (tome áquestas cartas) trate
 con Margarita, la hermana
 del de Saboya, casarse;
 no siento que me desprecie,
 que me olvide y que me mate,
 que esto solo puede hacerle
 ingrato, pero no infame;
 solo siento que á su Rey
 niegue el debido homenaje,
 que debe un vasallo noble
 á las leyes con que nace.
 Ha menester Vucelelencia,
 para que el Duque se case
 con su hermana, ser traidor?
 no es Par de Francia? no vale
 por su valor todo el precio
 de esa Margarita? Trate
 públicamente sus bodas,
 que encubriérlas, es juzgarse
 por muy desigual al Duque,
 pues en los truecos que hace,
 le da una traicion encima
 para poder igualarse.

Demas de esto, Vucelelencia
 vende su patria y su sangre,
 y lo que le dan por ello,
 no es precio considerable,
 ni el Duque por tal le tiene,
 pues sabiendo que es infame
 y que es traidor á su Rey
 á su hermana quiere darle:
 luego á su hermana no estima,
 que si estimara sus partes,
 claro está que no quisiera
 que con un traidor casase.
 Carlos, Duque, ahora es tiempo
 de atajar mayores males,
 quepa dentro de lo justo
 el valor, no sepa nadie
 que ha podido ser traidor
 quien nunca ha sido cobarde:
 estréchense en lo posible
 las presunciones, y anden
 lo posible y lo animoso
 parecidos si no iguales,
 que en lealtades animosas,
 es hazaña mas loable
 caber donde el amor entra,
 que entrar adonde no cabe.
 El amor de Margarita,
 ya que os ciegue, no os engañe;
 dad lugar á que el consejo
 elija la mejor parte,
 ó al Rey decid vuestro amor,
 que es vuestro amigo tan grande,
 que por daros ese gusto
 hará con Saboya paces.

Rey. Ya no tengo que saber,
 bien puedo desengañarme.

Repara Blanca con el Rey.

Blanc. Mas qué es esto? el Rey me escucha,
 que ha entrado sin que avisase: *ap.*
 si me ha oído? mas qué importa?
 yo mudaré de lenguaje.
 Qué podrá pedir al Rey
 vuestro valor que no alcance?
 Vos le habeis vencido (ah cielos!)
 mas batallas que ciudades
 herecó de sus mayores;
 si nuevos rebeldes salen
 á su corona, vos solo
 bastais para castigarles.
 Qué importa, Carlos, que á Francia
 se oponga Saboya, y marchen
 contra su invicta corona
 el Turco, el Persa, el Alarbe,
 si cuando en estos países
 tremolan sus estandartes,

cuantas batallas presentan
tantas lisonjas os hacen?

Marisc. Bueno está: Blanca, señora,
Madama hermosa, no pases
adelante en mis hazañas,
porque es un nuevo linage
de correccion vergonzosa
refirme con alabarme.

Es verdad, que yo intenté:-

Blanca. Ya sé yo lo que intentasteis:
él se declara, y se pierde: *ap.*
oh quién pudiera avisarle
de que el Rey le está escuchando!

Marisc. Si las cartas que miraste:-

Blanca. Calla, Duque, que te pierdes, *ap.*
enmudece, que no sabes
quien te escucha: mejor es,
para poder atajarle,
decírselo claramente.

Aunque no me satisfice
á mis zelos Vuecelencia,
sepa, que el no replicarle
es porque el Rey nos escucha.

Salen el Rey, y Monsieur de Lafin.

Quejas son de dos amantes *Al Rey.*
las que vuestra Magestad
ha escuchado, no se espante,
porque quiero bien al Duque;
y aunque la culpa no es grande,
(pluguiera á Dios) soy muy fina,
y presumo yo que vale
mas que muchas Margaritas
un corazon de diamante.

Marisc. Perdido soy si lo oyó. *ap.*

Rey. Heroína muger!

Lafin. Notable!

Blanca. Ay Duque! mucho te temo: *ap.*

plegue á Dios que no te arrastren
tus locos, tus ciegos brios,
y en bien tus soberbias paren;
porque para los traidores
guarda, dispone y reparte
el Rey la justicia, y Dios
veneno, cuchillo y carcel.

Vase.

Marisc. Vos aqui?

Rey. Soy vuestro amigo,
aunque mal pagado soy:
no os altereis.

Marisc. No lo estoy,
porque estoy siempre conmigo.

Rey. El parabien vengo á daros
de la victoria pasada,
por vos, Carlos, alcanzada.

Marisc. Pues no fue por obligaros. *ap.*

Rey. Solo á vos se debió todo,

Marisc. Y al de Fuentes.

Rey. Pues por qué,
si nuestro contrario fue?

Marisc. Por eso; porque de modo
me piqué de ver su brio,
que tuve envidia á su ardor,
que para ser el mejor,
solo le faltó el ser mio;
pues peleaba de suerte,
y mataba de manera,
que dar lecciones pudiera
al estoque de la muerte;
y aun en parte aventajó
de la muerte á los enojos,
porque el matar con los ojos
la muerte no lo alcanzó:
y él andaba tan valiente,
sin poder nadie imitarle,
que de achaque de mirarle
murió muchísima gente.

Yo entonces, viendo su aliento,
y alzando en alto la espada,
que pudiera ensangrentada
dar temor al firmamento,
vestido de mas renombres,
que estrellas el cielo rige,
Dios os perdone, les diga
á mas de docientos hombres:
y tan presto el alma dieron
entre amargos parasismos,
que parece que ellos mismos
de bien á bien se murieron.
Solo el Baron de Telli,
valiente se resistió.

un gran rato; pero yo,
que descubierta le ví,
le dí tan diestro un revés,
que, á pesar de su destreza,
halló el cuerpo sin cabeza,
y la cabeza á sus pies:
pero como el corazon
queda entero, aunque difunto,
moviéndose todo junto
cayó con tal presuncion,
que tendido sin concierto
por la tierra, y alargando
los brazos de cuando en cuando
sobre tanto cuerpo muerto,
las cabezas de manera
tentaba, que á entender daba,
ó que la suya buscaba,
ú otra que bien le viniera.
Con esto volví á ganar
lo perdido, y atrevido
en sangre y polvo teñido,

sin cesar ni descansar,
herí, cobré, paleé,
conquisté, gané, rendí,
rescaté, triunfé, vencí,
retiréme y descansé.

Y asegurando mi fama,
que era en todo peregrina,
por despicar mi mohina,
me vine á ver con mi dama.

Rey. Todo lo que habeis contado
haceis siempre en la campaña;
y asi, de una sola hazaña
vengo, Carlos, admirado.

Marisc. De una sola, cuando apoya
tantas vuestra misma gente?

Rey. No fue hazaña ser valiente,
sino serlo con Saboya.

Marisc. Cuando os sirvo de manera
que admiro á cuantos me ven,
cualquier malicia es desden:
y vive Dios si supiera
la lengua que os ha informado:—

Rey. Hablad mas quedo.

Marisc. Sí haré,

y hablando quedo diré
que se la hubiera arrancado:
por aquesto solamente
envidio á quien sirve al Rey
de España.

Rey. Es muy justa ley.

Marisc. Es el Cesar mas prudente,
y que mas de sus vasallos
fia cualquiera esperanza,
que es premio la confianza,
y los premia con honrallos.

Rey. Mucho á España os inclináis.

Marisc. Si á otro de servir hubiera,
solo al Rey de España fuera.

Rey. Justamente le alabais
de prudente y generoso,
que á todos nos está bien;
pero alabadle tambien
de Rey tan escrupuloso,
y en la lealtad tan prolijo,
que á un hijo de Moutení,
que me está escuchando aqui,
porque inquietaba á su hijo,
y hablaba con él de espacio
en cosas de poco honor,
aun antes de ser traidor,
le dió garrote en palacio.

Vase.

Marisc. Mudo he quedado y cobarde
sin poder disimular.

Lafn. La vida le ha de costar *ap.*
la victoria de esta tarde. *Vase.*

Marisc. Estas amenazas son,

y amenazas declaradas:
mil saltos, mil aldadadas
me está dando el corazon.
El Rey sospechoso está
de mi verdad y de mí,
que pues él me trata asi
informado viene ya:
pues qué dudo cuando estoy
sin remedio, y el remedio
está en poner tierra en medio?
Esto ha de ser, yo me voy:
yo me voy? pero qué digo?
yo soy quien hablo? estoy loco:
yo me estimo á mí en tan poco,
que al recelo del castigo
me riado? No soy yo quien
puso á toda Italia miedo?
y quien con mi nombre puedo
ponerle al mundo tambien?
Pues en qué temor me fundo?
afuera recelo vano,
que con la espada en la mano
no puede prenderme el mundo:
porque no ha de haber Alcalde,
Chanciller ni Mariscal,
que consigo esté tan mal
que quiera morir de balde.
Pero supuesto que el Rey
duda ya de mi lealtad,
aunque es bárbara impiedad
contra toda humana ley,
para asegurar mi vida
del peligro que me espera,
esta vez, aunque no quiera,
tengo de ser su homicida,
y en su tienda, vive Dios,
la vida le he de quitar.

Sale el Rey.

Rey. A quién habeis de matar?

Marisc. A quien me ofende con vos? *ap.*
no sé qué miedo servil
me acobarda y me detiene,
cuando la ocasion me viene
á las manos: hoy gentil
con la muerte batallando
apenas temí su nombre,
y aqui de estar con un hombre
parece que estoy temblando;
mas es mi Rey, claro está.

Rey. Mirad, Duque, aquella puerta.

Marisc. Ya la he visto, y está abierta.

Rey. Pues cerradla, y dadme acá
la llave.

Cierra la puerta, y dale la llave al Rey.

Marisc. Ya está cerrada.

Rey. Fuerte batalla me espera. *ap.*

Marisc. Pues aunque á sus manos muera
no he de rendirle la espada. *ap.*

Rey. Son las culpas tan inmensas *ap.*

del Duque y de su ambicion,
que parece que el perdón
se ahoga en tantas ofensas;
pero mi amor infinito
de suerte estima su vida,
que como perdón me pida
le perdonaré el delito;
mas si en ser amigo falso
persevera, vive el cielo,
que te he de cortar el vuelo
en las tablas de un cadalso.
Ya estamos solos los dos.

Marisc. Si señor (y yo sin mí) *ap.*
mas á qué venís aquí?

Rey. Solo á estar solo con vos.

Marisc. Pues esa qué novedad
viene á ser en mi privanza?

Rey. El no tener confianza,
Carlos, de vuestra amistad,
y ser ye tan alentado,
tan valiente y animoso,
tan gallardo y generoso,
y de mí tan confiado,
que sabiendo que buscis
ocasion á una traicion,
os vengo á dar la ocasion
para ver si la lograis.

Marisc. Yo contra vos?

Rey. Advertid
que vengo bien informado.

Marisc. No venís sino engañado.

Rey. Asi será; mas oid:

Carlos, yo he venido aquí
á hablaros claro, y deciros
que sois un mal caballero.

Marisc. Quien digere:-

Rey. Yo lo digo,
y sé que digo verdad,
porque yo propio lo he visto;
por señas que al ir leyendo
(sí por Dios) vuestros delitos
mil colores me salieron:
que hay delitos tan indignos
de que los cometa un hombre,
preciado de bien nacido,
que aun el que no los ha hecho
se corre solo de oírlos.
Dirá alguno, que supuesto
que lo sé y no los castigo,

ú de miedo los perdono,

ú de malicia los finjo.

Y respondo, cuanto al miedo,
que se engaña el que atrevido
piensa que tiemblan los Reyes;
porque un Rey, cuanto al dominio
que tiene sobre los soys
por el puesto y el oficio,
es un retrato de Dios,
y Dios á nadie ha temido;
porque si temer pudiera
(que es un ciego barbarismo)
dejara Dios de ser Dios,
y lo fuera su enemigo.

Cuanto al segundo argumento,
de que yo puedo fingirlo,
respondo con estas cartas.

Arrójale unas cartas.

Marisc. Cielos, Lafin me ha vendido! *ap.*

Rey. Sin razon os admirais
de que Lafin lo haya dicho,
que si él es amigo vuestro,
y tenéis por mal estilo
que siéndolo os delatase,
vos tambien, siéndolo mio,
con el Duque de Saboya
hablasteis en mi perjuicio,
y soy Rey de mas á mas:
luego no es mucho delito,
pues hay traidor para un Rey,
que le haya para un amigo.
Duque, yo estoy enterado
de todos vuestros designios,
sé los tratos con Saboya,
órdenes, prendas y avisos
que habeis dado contra mí
por palabra y por escrito;
y todo aquesto por qué?
porque os dí el mejor oficio,
porque os hice Par de Francia,
porque os igualé conmigo,
porque os dí nombre de Grande,
porque os honoré con cubriros,
porque os ofrecí mi dama,
finezza que nadie hizo,
y en fin, porque os quise bien,
que es sombra del beneficio
la ingratitud; y bastó
para haceros mi enemigo
solo haberos obligado,
porque estamos en un siglo
que el hacer bien se castiga
como si fuera delito.
Supuesto, en fin, que sé cuanto
habeis hecho y habeis dicho,

y la menor de las culpas
merece en tela de juicio,
ú dar la boca á un veneno,
ó la garganta á un cuchillo,
yo, imitando á Dios en todo,
blando, piadoso y benigno,
os la quiero perdonar,
con calidad que rendido,
me pidais perdon de todas,
y me digais los que han sido,
tambien culpados con vos.
Pero qué es esto que miro!

Vuelve el Mariscal la espalda.

las espaldas me volveis?

Marisc. Bien sé yo que si le digo *ap.*
al Rey la verdad de todo,
como aquí lo ha prometido,
me ha de perdonar; mas quién
ha de estar tan mal consigo,
que la infamia que intentó
ha de confesar. él mismo?
que en agravios semejantes,
tengo por menor delito
el atreverse á intentarlos,
que el llegar á referirlos:
y fuera de aquesto, soy
de natural tan altivo,
que quiero mas de su enojo
probar constante el cuchillo,
que no gozar el perdon
estando á sus pies rendido.

Rey. Carlos, si es esa vergüenza
de miraros convencido,
eso por descargo basta.

Marisc. No es vergüenza, ni lo ha sido.

Rey. Pues qué puede ser?

Marisc. Pesar.

de escuchar agravios miost-
quien llega á pedir perdon
confiesa que ha delinquido;
mas yo que estoy inocente,
ni le quiero ni le pido,
que es desaire el rendimiento
cuando la calumnia es vicio.

Rey. Así será; pero ahora
lo que importa es reducirlos
á hablarme con claridad,
para darme algun motivo
de que crea yo siquiera
que os habeis arrepentido.

Marisc. Eso ha de ser imposible
el recabarlo conmigo,
porque no tengo de qué.

Rey. El busca su precipicio: *ap.*
mirad que tengo estas cartas

que vos propio habeis escrito.

Marisc. Esas cartas son supuestas
de alguno que mal me quiso.

Rey. Mirad que hay informacion.

Marisc. Será de falsos testigos.

Rey. Mirad que lo dijo Blanca.

Marisc. Son zelosos desvaríos.

Rey. Mirad que lo digo yo,
y basta que yo lo digo.

Marisc. Vuestra Alteza no lo sabe,
que eso es hablar de capricho,
y débame esta respuesta
cuando agraviado me miro.

Rey. Mirad que os está muy bien
que seamos muy amigos.

Marisc. Y á vos tambien, porque tengo
vuestrs reinos defendidos.

Rey. En efecto, estais resuelto,
Duque, á no querer rendiros,
ni querer darme este gusto?

Marisc. En lo que he dicho me afirmo.

Rey. Pues á Dios, á buenas noches:
yo le cortaré los bríos. *Vase.*

Marisc. Enojado se va el Rey
viendo el teson que he tenido
en no rendirme á sus plantas,
y revelarle el motivo
de aquesta conjuracion,
de que la culpa ha tenido
Lafin; pero vive el cielo,
que antes que en los blancos vidrios
del mar, el sol se retire,
y sacudiendo los limpios
cendales que encarrujó
el alba, de quien es hijo,
beba helada la bebida
en claveles y jacintos,
tengo de darle la muerte,
y despues, como en un rio,
he de beber de la sangre
de su pecho fermentido;
pero entre tanto que el dia
da de mi venganza indicios,
porque me siento cansado
del militar egercicio,
en esta silla me quiero
reclinar; y despedido
de Blanca que está zelosa,
y del Rey que está ofendido,
permitir á mis fatigas
algun género de alivio.

*Recuéstase en una silla, y salen el Rey
de Francia, el Conde de Suison, Mon-
teni y soldados.*

Suison. Vuestra Magestad advierta:—

Rey. Conde, ya lo tengo visto:
á mi reino, á mi corona,
á mi quietud, á mis hijos
y á mis vasallos importa
hacer lo que tengo dicho.

El Mariscal entre sueños.

Marisc. Basta ya, frances valiente,
basta ya, Enrique invicto,
déjame que me defienda,
que no es hazaña de brio
matarme atadas las manos,
y difuntos los sentidos.

Suison. Entre sueños está hablando.

Rey. Y hablando, Conde, conmigo:
idle presto á despertar.

Suison. Señor: - **Rey.** No vais?

Suison. Ya te sirvo:

Duque de Virón.

Marisc. Pues muera
el alevé que ha querido
ensangrentar: - mas qué es esto?

Despierta el Mariscal.

ya mi muerte pronostico:

Señor? Conde? Montení?

Suison. Todos son vuestros amigos.

Rey. Dad al Conde de Suison
la espada.

Montení. Raro prodigio!

Marisc. La espada, señor?

Rey. Sí, Duque.

*Mira el Mariscal á todas partes, como
que quiere escaparse.*

Marisc. Los pasos estan cogidos, *ap.*
ya no me pueo escapar.

Rey. No repliqueis.

Marisc. No replico;
mas la espada solo á vos
el tomármela permito.

Rey. Pues dáme la, Duque, á mí.

Marisc. Ya, señor, me la descifio:
tome vuestra Magestad.

*Toma el Rey la espada, y dáse la al Conde
de Suison.*

Rey. Llevadle ahora al castillo
de la Bastida.

Marisc. Yo preso?
por qué causa, ó qué delito?

Rey. Para saber solamente
cual de los dos ha mentido.

Marisc. Yo á la Bastida? mirad: -

Rey. No os altereis, que imagino
que habeis de salir muy presto,
mas no sé si será vivo.

Marisc. Claro está, porque en entrando
me dará muerte yo mismo.

Rey. Carlos, tú mismo cerraste
á la piedad los oidos;
perdone el amor, que ya
soy tu juez, y no tu amigo:
Conde, ya entendedeis, cuidado:
venid, Montení, conmigo.



JORNADA TERCERA.

Salen el Mariscal y el Conde de Suison.

Suison. Ya vino su Magestad,
y tambien con él los jueces.

Marisc. En este puesto otras veces
tuve yo su autoridad;
pero hasta el fin de la vida
no hay seguridad alguna.

Suison. Sombras son de la fortuna
la pivanza y la caída.

Marisc. No ha sido fortuna en mí,
Conde, lo que ahora paso,
pues la fortuna es acaso,
y esto yo lo pretendí;

porque viendo que al privar
se sigue siempre el caer,
lo que el hado habia de hacer
me quise yo negociar,
para que no se alabara
de que se atrevió á mi esfera,
pues si yo no me cayera
la fortuna no me echara.

A muerte estoy condenado,
y hoy se cumple la sentencia,
mas por eso á la clemencia
de los Pares he apelado:
que aunque el cadalso está hecho
y toda Francia lo espera,

es mi orgullo de manera,
y tan bizarro mi pecho,
que no he podido creer
sino que es estratagemá

del Rey para que le tema,
y que al fin me ha de absolver;
por que fuera de ser justo
Enrique, me quiere bien,
y le está muy bien tambien
no hacerme á mí este disgusto.

Esto es, Conde, cosa clara
que lo debe hacer así
por sí, cuando no por mí;
porque si yo le faltara
cuatquier triste potentado
á su nombre se atreviera,
y vilmente le rindiera